
CUMPLIMIENTO ESPIRITUAL Y SANTIDAD

Marcel Légaut (1)

I. – Consistencia y duración de una existencia personal lograda y santidad según las creencias religiosas. – El logro de una vida humanamente cumplida es de un orden distinto al del éxito en la vida. – Fundamental unidad de sentido y grandeza de la vida y de la muerte del hombre consumado. – Sin la experiencia de una vida honda y plena, no hay verdadera santidad.

II. – La vida espiritual es distinta de la vida de simple moralidad. – La vida espiritual se manifiesta en la emergencia de aspiraciones y de exigencias que singularizan al hombre. – La vida espiritual es un camino que se desarrolla gracias a la acogida de mociones íntimas, a la adopción de determinadas decisiones y a la invención de fidelidades singulares. – Algunos frutos esenciales del cumplimiento espiritual.

III. – Las actividades creadoras propias de la vida espiritual proceden del ser de cada uno y manifiestan una dependencia en lo íntimo de dicho ser. – Las representaciones de esta dependencia pueden aportar una ayuda indirecta a la vida espiritual. – Analogía de la dependencia del hijo respecto del padre y de la pertenencia de la parte al todo. Superación de estas representaciones y fe desnuda.

IV. – La santidad cristiana no es otra cosa que el cumplimiento humano promovido por Jesús en el discípulo mediante su fidelidad hasta el extremo. – Jesús, la voluntad del Padre y la Ley inscrita en el corazón del creyente. Comunión con Jesús y con Dios. – Fidelidad del creyente de Occidente al mensaje universal de Jesús y apertura a la vida espiritual de Oriente.

(1) Légaut escribió este texto en 1989, a petición del P. Jossua, dominico, director de *La vie spirituelle*, para un número monográfico sobre la santidad. Légaut contaba con revisarlo y completarlo como capítulo final de *Vie spirituelle et modernité*, pero no lo pudo hacer. De ahí algunas durezas extra del texto. Thérèse De Scott lo incluyó como capítulo diez y último de dicho libro (París, 1992, págs. 230-245).

I

*Consistencia y duración de una existencia personal lograda
y santidad según las creencias religiosas*

Desposar plenamente el propio presente, ver en él el término positivo y armonioso de la totalidad del propio pasado pese a lo que éste tuvo que conocer de negativo e incluso gracias a lo que hubo de discordante, tal parece ser el logro sin igual que el hombre puede, en el límite, esperar. Entonces, su vida, aun sacudida sin cesar por las olas de las circunstancias, aun arrastrada sin parar por los torbellinos del tiempo, alcanzaría la calidad de una existencia como orgánica. Tendría la consistencia de lo que es y la duración de lo que no pasa en medio de lo cambiante y de lo efímero. El hombre habría llegado a ser él mismo apropiándose de lo real, del que ha salido. Sería como su fruto, y le habría dado sentido al coronarlo. Entonces, su muerte –si las disminuciones y las carencias de todo orden que la preparan durante la vejez y que, en la hora final, la provocan no la blasfeman en su carácter solemne– entraría naturalmente en el ciclo de la actividad cósmica que mueve toda cosa según su orden y su lugar dentro del Todo. Llevaría el logro de la vida a un alto grado de eminencia, la elevaría como al orden de lo absoluto y como a una especie de "glorificación". ¿No ocurre ya, de hecho, que la intelección tanto de la vida como de la muerte de cualquier hombre hace patente la historia secreta de quien acaba de desaparecer para siempre, en su verdad, nunca exenta de grandeza?

Allí donde las creencias sobre Dios reinan y establecen la unanimidad porque se arraigan en el fondo religioso del hombre y responden, utilizándolas, a las posibilidades y necesidades afectivas e intelectuales de su medio, este cumplimiento humano, por otra parte esencialmente personal, se relaciona, como el efecto con la causa, con la perfección de la obediencia a la voluntad divina. Obediencia no sólo exterior en los comportamientos sino de grado y querida por ella misma cuando el hombre alcanza una interioridad suficiente; voluntad que encuentra su expresión perfecta en las leyes de la religión que la sociedad impone en nombre de una autoridad divina

discrecional, radicalmente extrínseca –incluso en su ejercicio– a todo lo que ella rige. El logro del hombre se asimila entonces a la santidad que el creyente atribuye a Dios conforme a la representación que se hace de Él. A imagen de esta santidad, el hombre es, según él, imagen de Dios.

En nuestra época, en los países intelectualmente evolucionados en los que las condiciones de vida permiten e incluso invitan a la reflexión y a la crítica, las creencias acerca de Dios –que por lo general reinan todavía instintiva y colectivamente– chocan con obstáculos imposibles de evitar. Las consecuencias que ineluctablemente parece que hay que extraer de dichas creencias contrastan, en efecto, de forma chocante además, con la experiencia cotidiana de la vida si uno no se niega a reconocerlo por una especie de ceguera sistemática. Hoy en día, sin embargo, estas creencias primitivas y anacrónicas ya no tienen el peso real que antes tenían sobre las conductas aunque es casi imposible todavía que el espíritu se libere completamente de ellas pues aparecen aún con frecuencia en las formas animistas de hablar de los acontecimientos, de las situaciones y de los encuentros. De hecho, la relación entre creencias y conductas es gravemente inestable a menudo. Actualmente, sin embargo, cuando una vida parece estar plenamente lograda y la muerte viene a confirmarlo, ya no se le atribuye necesariamente el calificativo de religiosa ni se habla de santidad en tales casos como sucedía antes.

El logro de una vida humanamente cumplida es de un orden distinto al del éxito en la vida

Con todo, el logro de una vida humanamente cumplida impresionada de forma poderosa y singular incluso en la situación de ateísmo práctico a la que generalmente conduce la secularización de la sociedad cuando la iniciativa personal, inspirada por alguna secreta fidelidad, no lleva a alcanzar íntimamente la fe en Dios que está más allá de las creencias acerca de Dios, espontáneas más que reflexionadas. Fruto visiblemente madurado durante una vida, toda de una pieza y como consagrada justo por lo que la muerte le aporta

de último, este logro humano no se ve sólo como el éxito que correspondería a una carrera aun cuando éste fuese unánimemente reconocido y celebrado. Habitualmente, es el aspecto material y social de la carrera de un hombre lo que atrae la atención del resto hacia él; más que lo que vivió interiormente y que lo que llegó a “ser”. Es el éxito concreto y público el que suscita el interés e incluso la admiración. Sin embargo, este éxito no inspira la maravilla que invade de arriba abajo y que escapa al entendimiento porque lo desborda.

El éxito en la vida no es el cumplimiento de una vida. El éxito da algo de envidia. Secretamente, uno lo desea para sí. Se busca el secreto del éxito: cuáles fueron sus causas, y también, de qué oportunidades fue efecto. En la medida en que el éxito guarda relación con nuestra condición, este secreto es un método que aplicar, una política a seguir en la organización de la propia vida. Búsqueda interesada, polarizada por el objetivo a alcanzar; búsqueda perseverante que, sin embargo, no lleva a una profundidad humana; búsqueda apasionada que, sin embargo, puede llegar hasta distraer de uno mismo a fuerza de interesarse por lo exterior. A menudo excluyente de cualquier otra preocupación, termina, en efecto, por deshumanizar.

Unidad de sentido fundamental y grandeza de la vida y de la muerte del hombre consumado

Ocurre lo contrario ante una vida que ha llegado, en su totalidad, a la plenitud, hasta el punto de que, en el límite, su perfección, por lo esencial de lo que la constituye, no tolera ni soporta añadidos ni correcciones de tan una como es visiblemente, sometida por completo a su necesidad íntima y particular en el ejercicio de su propia libertad creadora; y de tan única, irremplazable e inimitable como es, bajo pena de fraude, además. Un logro humano así, aun sin presentar realizaciones especialmente impresionantes por su importancia, impresiona profundamente al hombre. Se propone ante él, en el horizonte de su conciencia, como una transfiguración de lo posible todavía desconocida pero que, llegada la hora, le será accesi-

ble, y que ya desea secretamente. La muerte confiere, a este cumplimiento de lo humano, por el carácter altivo y definitivo que le aporta, una grandeza solemne que se impone desde el primer momento aunque después lo haga cada vez más a medida que uno mismo va siendo más digno y más capaz de ser, inseparablemente, su testigo y su heredero.

El hecho de que la vida y la muerte sean particularmente acordes en el hombre consumado hace que el ser que accede suficientemente a esta intelección de la profunda unidad entre ambas en el otro se interroga, fuertemente, acerca de la calidad específicamente humana de sus propios comportamientos pasados y presentes; una calidad diferente de la mera conformidad de éstos con una norma general extrínsecamente impuesta de forma absoluta. Al tiempo que toda consideración de eficacia y de rentabilidad queda rigurosamente ausente del espíritu, esta intelección interior del cumplimiento humano de otro del que uno es el testigo abre al hombre hacia el sentido de su propia existencia. Le hace presentir, más allá de todo conocimiento, su lugar, por ínfimo que sea, en la historia inmensa de un mundo sin comienzo ni fin pensables, del que él es un pequeño brote y del que puede llegar a ser un fruto.

*Sin la experiencia de una vida humanamente honda y plena
no hay verdadera santidad*

Aunque este logro de la vida de un hombre esté muy marcado por su época y por lo esencial que la subtiende, su secreta grandeza domina y sobrevuela por completo las particularidades que destacan de forma hartamente patente pero que, en definitiva, son accidentales. Hijo del pasado sin que éste lo determine, este hombre participa activa y libremente en la elaboración del porvenir sin tampoco determinarlo: tal es el efecto de su irradiación en quienes lo reconocen posteriormente, más allá de las distancias de lugar y de tiempo y de las diferencias de mentalidad que obviamente se interponen. Como si hubiesen sido sus testigos, estos hombres tienen presente, en lo coti-

diano de su actividad, este logro humano del otro. Actúa en ellos. Les inspira en todo momento.

Singular en lo esencial por el carácter fundamental que comporta, este cumplimiento humano queda fuera del deterioro que el tiempo reserva a toda impresión pasada gracias a la fidelidad de estos testigos en vivir de él en su propio presente; y posee y aún esconde, en determinados aspectos y en lo que está subyacente en ellos, un carácter universal que lo emparenta con lo absoluto; carácter que también se manifiesta en las impresiones que inspira en todos, incluso en aquellos en los que, por falta de interioridad y de atención, se difumina rápidamente y deja de ser un vivo recuerdo. Esto sucede aunque la palabra "Dios" no se pronuncie y aunque esta palabra esté sistemáticamente descartada.

Aunque la noción de santidad desborda, por su tonalidad religiosa específica y por sus consecuencias particulares en todos los órdenes, el cumplimiento característico del logro espiritual que se explicita únicamente en el plano humano, es fundamental no oponer una vida santa, tal como el cristianismo la concibe, a una vida profunda y plena aunque toda referencia Dios esté ausente de ella. ¿Acaso no hay que pensar que no hay verdadera santidad sin la experiencia de una vida que haya sido ella misma hasta el final, que haya porfiado en los extremos que comporta la condición humana y que se haya desposado por completo consigo misma hasta el extremo? Siempre, aun dentro de un clima de ateísmo decidido, la grandeza de lo adquirido de forma definitiva e inalienable por el hombre es colindante con lo inmenso e insondable que nada puede limitar o contener.

De lo contrario, como una planta que crece en un terreno que ningún trabajo previo ha abierto a la fertilidad, o que vegeta indolente en la atmósfera cerrada y ficticia de un invernadero, la santidad que procede demasiado exclusivamente de una voluntad de dominio, que evoluciona sobre todo al dictado de una doctrina, y que se busca demasiado conscientemente como una perfección que se basta a sí misma, correría con toda probabilidad el riesgo de permanecer

únicamente en el plano de lo cerebral, donde la devoción que depende de la religiosidad instintiva aporta la nota sentimental; afectaría únicamente a la conducta sin que su autor se transparentase y se comunicase propiamente en ella: justo lo que aseguraría la fecundidad de ésta en el porvenir, más allá de lo que comporta de visible y de conveniente en su tiempo. Ilusoria, aunque firmemente observada, esta santidad de mera apariencia desaparecerá cuando la hora de la verdad, que siempre llega en la vida del hombre, sólo le deje a éste conservar su propio ser, en su desnudez sin disimulos ni adornos.

II

*La vida espiritual es distinta de la vida de simple moralidad
y no debe confundirse con ella*

Al comienzo, la actividad espiritual que guía al hombre hacia su humanidad a lo largo de sus años, y que el creyente debe conocer necesariamente para acceder a la vida santa tal como ésta le está permitida, no se desprende claramente de lo que constituye la trama cotidiana de su vida. La razón es que esta actividad espiritual tiene múltiples formas que están moduladas por sus posibilidades personales y por los medios de su tiempo, y a las que aguardan tanto sus deseos secretos como las aspiraciones de su generación. Al principio, esta actividad espiritual se infiltra clandestinamente en el centro de los comportamientos del hombre que son consecuencia de sus decisiones; unas decisiones que son, sin duda, personales aunque en gran medida procedan de la herencia de cada uno y de las presiones omnipresentes de su entorno padecidas por él incluso sin darse cuenta. Con frecuencia, durante largo tiempo –y a veces por siempre–, esta actividad espiritual se confunde con el transcurrir ordinario de sus acciones de simple moralidad, dictadas por las leyes e impuestas por las costumbres. Estas normas generales proceden, sobre todo, de las condiciones de existencia de la colectividad a la que el hombre pertenece y de su historia en sus diversas etapas pero no responden a lo requerido por la realidad íntima y particular de cada uno. Estas normas, por

tanto, conducen a los hombres hacia la uniformidad de la conducta, con la que éstos se revisten, lo quieran o no, conforme al grado de su obediencia, que los confina en un relativo infantilismo, el mismo que al principio justificaba su sumisión a la autoridad ni que fuera pasiva y ciega.

Sin embargo, siempre y en todo ser humano, sin importar la medianía de sus medios, la indigencia de su conciencia y la condición normalmente gregaria de sus comportamientos, surgen y se ponen de manifiesto, en determinados tiempos fuertes de la vida, necesidades y aspiraciones propias y personales susceptibles de tener una importancia capital e incluso decisiva. En un primer momento, estos deseos lo caracterizan por contraste frente a su entorno e incluso a sus más cercanos. Por la forma como le habitan más aún que por cómo responde a ellos, estos deseos hacen que salga del montón y se separe de él. Si el hombre persevera en la vía que se le abre entonces, ésta le conducirá mucho más lejos y de forma distinta a como podrían habérselo sugerido tanto las posibilidades que él mismo se reconocía como las expectativas que él mismo cultivaba.

La vida espiritual se manifiesta en la emergencia de aspiraciones y de exigencias que singularizan al hombre

La vida de simple moralidad se impone al comienzo por la fuerza y consiste en observar las leyes y las costumbres por obediencia a la autoridad que éstas detentan a los ojos de los hombres, mientras que esta nueva vida, que llamaremos "espiritual" para distinguirla de la anterior, apunta a introducir al hombre en un camino que se mostrará completamente distinto interiormente –y a veces también exteriormente– de los que los otros siguen aun en condiciones parecidas a las suyas. La diferencia no se debe, únicamente, a la materialidad de los comportamientos que, sin embargo, se da cuando resulta necesario. De forma más escondida, esta diferencia puede manifestarse también –con una evidencia que sólo es interior– en la forma como uno se consagra a dichos comportamientos justo cuando se parecen en todo por fuera a los de cualquier otro.

La vida espiritual y su dinamismo particular no están a disposición del hombre aunque éste pueda favorecer indirectamente su nacimiento y su crecimiento. La vida espiritual no es cuestión de saber ni de técnicas ni de prácticas ascéticas, a diferencia de la vida de simple moralidad. No se enseña ni tampoco se aprende. Es cuestión de descubrirla o, más bien, de acogerla cuando se presenta a la conciencia por caminos particulares para cada uno. Estos caminos se acoplan al aire y a la cadencia que convienen a cada cual, y responden a los desarrollos de las circunstancias que le conciernen. Estos caminos despiertan unas exigencias cuya materialidad y cuyo carácter imperativo, si se presta suficiente atención a ellas, se ve que no vienen impuestos, únicamente, por las razones que uno puede formularse con ocasión de las condiciones exteriores y a causa de los estados interiores que vive. Se trata de recibir, a través de dichas exigencias, lo que propiamente debe denominarse «revelación» a fin de precisar hasta qué punto este advenimiento –de estas exigencias– rebasa lo que el hombre puede decidir y realizar por sus propios medios aunque éstos sean indispensables para tener una conciencia suficientemente viva de tales exigencias.

La vida espiritual es un camino que se desarrolla gracias a la acogida de mociones íntimas, a la adopción de determinadas decisiones y a la invención de fidelidades singulares

Sin embargo, sería imposible decir, sobre la marcha, en qué medida lo que estas exigencias imponen –más que sugieren– se desprende de lo que está secretamente en potencia de devenir, ni en qué medida esto mismo compromete el porvenir sin precisarlo en nada aún, ni cuánto se arraiga también en el pasado, secretamente. En consecuencia, el hombre tiene que responder a tiempo a estas exigencias, que tienen “fecha de caducidad” y que no son ocasionales ni circunstanciales pese a que estén relacionadas, misteriosamente, con lo que la propia generación necesita y espera, impotente para procurárselo. Estas exigencias son suficientemente particulares como para que ninguna autoridad pueda dictarlas con certeza ni precisar cómo tendría el hombre que actuar para satisfa-

cerlas. Tampoco éste está completamente a punto para reconocer, por sus propios medios, el camino en el que tiene que entrar, ni para perseverar en él por sus solas fuerzas si nada nuevo y distinto no interviene en el futuro para iluminarlo y ayudarlo interiormente. Para llegar a su término, este camino le exigirá más de lo que puede él solo. Ni su inteligencia ni su voluntad bastarán para que la actividad espiritual se despliegue plenamente y su fruto madure. Además, con ocasión del nacimiento y del desarrollo de estas exigencias –como también de las decisiones a tomar para ser fiel a ellas–, importa extraordinariamente estar atento y responder a las mociones profundas que apuntan a promover la vida espiritual y que ayudan a ello de modo muy personal. No basta con obedecer a una autoridad exterior, competente en su orden, tal como exige la vida de simple moralidad.

A medida que el hombre avanza en la vida espiritual y en el camino que se le revela, surgen nuevas exigencias. Unas son visiblemente consecuencias de las precedentes que fueron cumplidas con exactitud y hasta el final, según el vigor y las potencialidades del hombre y según las necesidades y las posibilidades de su tiempo. Otras se añaden a las antiguas para formar un conjunto cuya armonía y finalidad sólo se comprende por completo mucho más tarde; armonía y fidelidad que ningún proyecto hubiera podido realizar y ni siquiera concebir. El hombre espiritual que no es sólo un ser de disciplina vive una historia jalonada por decisiones nacidas de exigencias que se le imponen, seguidas de la invención por él de fidelidades que estas exigencias promueven para ser plenamente satisfechas en su realidad, siempre singular en algunos aspectos. Obrero del porvenir como nadie, el hombre espiritual trabaja para liberar el futuro de los determinismos con los que el pasado, con todo su peso, gravita sobre el presente.

El cumplimiento humano y la coronación de la santidad están al cabo de este camino siempre personal en cuanto a lo esencial, imprevisible al principio a pesar de cualquier conjetura, incluso la más fundada, e ignorado ineluctablemente antes de haber sido recorrido

por completo y haber fructificado. Este camino conoce mil revueltas que, sobre la marcha, si se miran objetivamente desde fuera, parecerían, a priori y con razón, otros tantos desvíos e incluso atolladeros, mientras que, de forma paradójica, todo se verá ulteriormente como necesario para un logro final cuya completa intelección sólo será posible mucho tiempo después. A lo largo de múltiples estancamientos, avances y retrocesos, en medio del encabalgamiento de las múltiples ambigüedades y complejidades propias de los comportamientos que, en su conjunto, provocan los acontecimientos, las situaciones y los encuentros más diversos, y a través, quizá, de avatares positivos o adversos, ¡hay que ver qué recorrido, diríase que teledirigido por algunas secretas connivencias y organizado por algunas complicidades bien poco creíbles, por otra parte, pues sólo pueden parecer verdad a partir de la propia experiencia! Para que este itinerario haya sido un éxito y haya acabado por llevar al hombre, en la medida de lo posible, a lo que se adecua con la grandeza, incluso hasta la santidad según se concibe en algunos medios explícitamente religiosos, sólo ha hecho falta que el hombre haya acogido una moción de un orden completamente singular, a lo largo de la vida, lo mejor que haya podido. Esta moción es origen en él de iniciativas y de exigencias, de atenciones y de rechazos, pasajeros pero a menudo repetidos, retomados y, por fin, completados. Opera en el centro más íntimo del ser y es indisociable de las pulsiones humanas más incontrolables.

Algunos frutos esenciales del cumplimiento espiritual

Este itinerario sólo necesita que el hombre responda, tanto como pueda, a una llamada percibida únicamente en algunas horas dichas, secretamente convergentes, bajo mil formas, pese a que los sueños y las ilusiones las diversifican en extremo, sobre la marcha, antes de desmoronarse definitivamente. Una llamada que, en los tiempos fuertes, hace subir, de lo más hondo del ser, un recogimiento pleno cuyo silencio envolvente caracteriza y confirma la verdad de dicha llamada; silencio extraño por su densidad, que contrasta con el vacío de una vida ni visitada ni habitada, que transcurre sin

más, al hilo de los días, sin consistencia ni finalidad: un sinsentido padecido durante tanto tiempo aun sin saberlo...

La conciencia de este itinerario atravesando el pasado, al abrirse paso en el hombre, lo sustrae de las fascinaciones del presente y lo protege del vértigo que lo atenaza ante las incertidumbres del porvenir, en que lo positivo pende de lo improbable y está amenazado por lo cierto. Todo esto ayuda a atenerse a lo esencial y a atribuirle su justo valor, que, a pesar de las apariencias, permanece subyacente en medio de las contingencias, las cuales acaban por desaparecer a pesar de las perspectivas de permanencia que todo presente parece comportar. Se accede así, aunque a ciegas, al ser que se está llegando a ser aunque no se haya llegado todavía a la estabilidad de una unidad viviente que, sin embargo, en adelante, nada podrá ni destruir ni dispersar ni engullir. Esto hace entrar en una comunión con todos aquellos que, según el ser de cada uno, han conocido el mismo ascenso hacia la grandeza humana, que también se prometía en ellos. Los creyentes añadirán –y quizá se trate sólo de una expresión más explícita– el nacimiento al Ser que, promoviendo esta comunión, se despliega y deviene en ellos.

III

Las actividades creadoras propias de la vida espiritual proceden del ser de cada uno y manifiestan una dependencia en lo íntimo de dicho ser

Cuando, durante años, en seguimiento de la conciencia adquirida en los momentos de luz, un hombre comienza a entrar poco a poco en la intelección verdadera de su vida, habitualmente enterrada bajo las apariencias cotidianas, no puede dejar de atribuir una gran importancia a lo que ocurre en él con ocasión de ciertas actividades. En efecto, no puede ignorar –a menos que rechace la evidencia– que él no es el autor de dichas actividades lo mismo que lo es de aquellas a las que habitualmente puede acceder y sobre las que puede decidir a voluntad. El nacimiento en él de exigencias comple-

tamente interiores y personales que le hacen entrar en la vida espiritual así como la invención de los comportamientos que le permiten responder con exactitud a tales exigencias son de este tipo de actividades, tan singular. Estas actividades particulares, que puede decirse que son creadoras, son, sin embargo, tuyas como no lo son las que parecen estar a su arbitrio. Por experiencia lo sabe. Sin él no serían lo que han sido. Sólo han podido ser con él. Y tiene incluso que añadir, para ser riguroso en la expresión, que él está en su origen pues no sólo está ante él como ocurre con las causas de las que tratan las ciencias de la materia y de la vida, al menos al principio de sus investigaciones.

Asimismo, los efectos de estas actividades llevan en sí la marca indeleble de su autor, perceptible como por transparencia para quien sabe reconocer y no sólo ver. Dichos efectos son frutos más que consecuencias, tal como sucedería en cualquier otra circunstancia. Y son un alimento privilegiado especialmente para su autor, tal como éste constata a cada momento. Son fuente de una juventud bajo cuya influencia la fecundidad de su vida se desarrolla más allá de la mera utilidad visible, tal como puede percibir.

Cuando un hombre, llegado a la madurez que le permite reconocer la especificidad de la actividad creadora –actividad inseparablemente suya pues se despliega en él–, se afirma en el ateísmo, no puede contentarse, sin embargo, con distanciarse –tal como hace por otra parte con razón– de los creyentes que ven, en la voluntad que atribuyen a Dios según la representación que se forman de Él, la causa de todo lo que tienen objetivamente que vivir. Aunque niegue, en el plano de los acontecimientos, un providencialismo del que él mismo sería personalmente objeto –tal como, desde hace milenios, el instinto religioso y el atavismo inducen a pensar a los hombres pese a las dificultades insuperables acumuladas por esta visión de las cosas–, por honestidad intelectual, tiene que reconocer también en qué dependencia se encuentra justo cuando en él se ejerce la actividad creadora que da originalidad a su vida espiritual, actividad inseparable, por otra parte, de las acciones propiamente

técnicas que están a su disposición y de las que, de hecho, dicha actividad creadora necesita para desarrollarse.

Esta dependencia no es sólo una dependencia externa que se le impone como a cualquiera de tanto como se desprende necesariamente de las leyes generales que posibilitan la existencia del Mundo del que procede, y a partir del cual crece y deviene, y que estructuran su evolución. Al contrario, esta dependencia se extiende hasta las zonas más íntimas de su ser, cuyo inventario no tendría sentido intentar y de donde la actividad creadora extraer tantos recursos insospechados. A través de la intelección de su verdadera historia, que, como persona suficientemente interior y consciente, alcanza poco a poco a fuerza de experiencia, este hombre presente en qué situación de “vasallaje”, al límite de la pasividad, lo sitúa esta dependencia. En estas condiciones, se le manifiesta, como en filigrana, una especie de diligente y perseverante atención que preparaba de lejos –tras cuántos repliegues– aquello que le iba a suceder y donde él iba a reencontrar sin pérdida –tal como puede creer sin apenas saber cómo– todo lo que antes parecía haber perdido o no haber tenido nunca ni sentido ni razón.

Las representaciones de esta dependencia interior pueden aportar una ayuda indirecta a la vida espiritual

Es extraordinariamente importante para el hombre servirse de una representación sugestiva de esta dependencia. No se trata de hacer de ella el fundamento único y la justificación suficiente de su vida espiritual pues entonces ésta se limitaría a ser sólo consecuencia de una ideología; de una ideología amada por ella misma y según la cual el hombre, llevado por la idea que así se formaría de su vida interior y del proyecto que persigue, llegaría a hacerse ilusiones acerca de la verdad de lo que es. Si importa que el hombre consiga una representación sugestiva de esta dependencia y que la formule de la manera más lúcida e inspirante posible, es para desposarse con ella mejor y más libremente, hasta entregarse totalmente y de la forma menos pasiva posible.

El hombre necesita, no sólo imaginarse sino también y sobre todo proferirse para alcanzarse en sí mismo. Además, la esencia de lo que él pueda llegar a ser dependerá indirectamente de esta representación y de la forma como la emplee. La representación de esta dependencia es necesario que dé cuenta, por tanto, de lo que ella misma comporta en la experiencia que el hombre hace de ella a lo largo de su historia.

Muchas imágenes se proponen para representar esta dependencia: dependencia de la masa respecto de la levadura que la hace fermentar, del grano respecto del suelo en que germina, del sarmiento respecto de la cepa que lo nutre con su savia, del miembro en relación con el cuerpo del que es parte inalienable. Todas estas representaciones procuran describir, tanto como permite su materialidad, los múltiples y complejos aspectos de esta dependencia que permite el nacimiento y el crecimiento, hacia la unidad y la simplicidad, de quien se somete a ella y entonces deviene hasta poder desposarla plenamente y “ser”. Sin embargo, ninguna representación da cuenta completa de esta dependencia por sí sola. Si el hombre, subyugado por la verdad de alguna de estas imágenes, se confiase sin reservas a ella y le atribuyese una especie de realismo ontológico –tal como hasta nuestros días hacían los entendidos con las ideas que se formaban de lo real–, no sería sin daño. Con gran frecuencia ha sido éste el camino que ha llevado a los creyentes a la idolatría de endiosar sus conceptos sobre Dios.

*Analogía de la dependencia del hijo respecto del padre
y de la pertenencia de la parte al todo. Superación
de estas representaciones y fe desnuda*

Sólo consideraré dos representaciones de esta dependencia en la que el hombre se encuentra cuando supera el nivel de la vida de simple moralidad gracias a su profundidad humana: la de la relación del hijo respecto del padre, que marca tan profundamente el psiquismo del hombre, y la evocada por la pertenencia de la parte al todo cuando la parte, al separarse paradójicamente del todo por el

pensamiento, entra en una suficiente intelección de sí en la que, de alguna manera y como transparente a lo real, se mira ahí y se encuentra. La primera representación da cuenta especialmente de la acción, llena de intimidad respetuosa y de cuidado distante, que convierte en un área de libertad y de comunión la dependencia fundamental en la que cada uno y todos los hombres se encuentran en la vida espiritual. La segunda representación llama poderosamente al hombre a una conciencia activa en el corazón de su pasividad, más emocionante que cognoscente, de lo inmenso y de lo insondable, en lo que participa ciegamente. Ni una ni otra saben expresar, sin embargo, la precariedad indudable y la improbabilidad cierta de la actividad creadora permitida por la dependencia del hombre y alojada y abierta en el centro mismo de lo adquirido y cierto. La primera representación es frecuente en Occidente por influjo del cristianismo. La segunda, en Oriente, donde quizá la naturaleza ha sido hasta ahora menos humanizada a causa de sus dimensiones extremas, casi vírgenes de todo dominio por parte de las sociedades.

Estas dos representaciones sólo pueden ser ayudas indirectas para la vida espiritual. Aunque la favorezcan, no son fundamentales ni necesarias. Aunque son indispensables, sobre todo al comienzo y a veces también durante las crisis si el hombre se apega demasiado a ellas, ulteriormente acabarían por ser alienantes. No sólo lo serían por los límites que cada una presenta por su misma forma de expresarse sino también por el propio ahondamiento espiritual que, a partir de ellas, se da en el hombre, y por la lucidez, además, que resulta de este mismo ahondamiento y que impone su rigor sin restricciones. Es importante por tanto que el hombre, llegado el momento, critique estas representaciones y, en particular, que cada una de ellas impugne a la otra por razón de los horizontes limitados en los que una y otra tienden a encerrarlo. De esta forma, el hombre interior se ve llevado a rebasarlas y a alcanzar una representación cada vez más desnuda de la dependencia, que es lo que la vida espiritual exige para desarrollarse, y que es, además, lo que ella misma va haciendo patente, cada vez más, a medida que toma fuerza. Justo en este punto último de vacuidad es donde la plenitud espiri-

tual del ser cumplido alcanza la «santidad» que conoce el creyente cuando su relación con Dios se da en la fe desnuda, más allá de la adhesión a unas creencias que, por honestidad intelectual, tiene que reconocer como inadecuadas para él, y de las que le es imposible vivir de forma auténtica.

Esta vacuidad se desarrolla en el hombre, en el trasfondo de su conciencia, inmóvil, oscura y hecha de silencio, y en el centro de su visión global de su vida, rica de todo el pasado pero ajena a una atención particular sobre cualquier detalle. Esta vacuidad es comunión activa del hombre, por la meditación, con su historia total percibida en su unidad y singularidad. Sin pensarla discursivamente, el creyente ve su existencia inalienable como inseparable en adelante del despliegue en él de Dios en acto. No es de extrañar que en éstas, como en todas las proposiciones que se esfuerzan por acercarse a lo que está fuera del alcance del saber, los contrarios –hay que reconocerlo– no se excluyan sino que, concebidos en su significación más profunda, se complementen. La afirmación «Dios existe» y la negación «Dios no existe» son simultáneamente verdaderas cuando, más allá del sentido literal de las palabras, por lo que se ha llegado a ser, se tiene la capacidad de darles –a cada una de ellas– el peso y el alcance que deben tener en la propia vida.

IV

La santidad cristiana no es otra cosa que el cumplimiento humano promovido por Jesús en el discípulo mediante su fidelidad hasta el extremo

La vida espiritual no se enseña «de voz a oído» sino que se comunica «de corazón a corazón», secretamente y como por revelación, llegada la ocasión; confidencia e incluso confesión mutua de la que cada uno de los actores implicados, según su ser, es, a un mismo tiempo, el tema y el agente. Aunque el cumplimiento humano viene a ser al final el mismo cualquiera que sea el camino seguido para acceder a él, sin embargo, dicho cumplimiento no deja de llevar la

marca de la comunión que comportan la paternidad y la filiación espirituales que lo han hecho posible. En este sentido, se puede hablar de santidad cristiana al hablar del cumplimiento humano del que Jesús ha sido el impulsor gracias a su forma de haber entrado en la vida del discípulo, lo cual suele suceder por medio de la Iglesia.

La actividad espiritual desplegada por Jesús en lo íntimo del hombre no tendría que desembocar principalmente en la adhesión de un cristiano a las doctrinas que poco a poco se elaboraron para expresar quién fue Jesús y quién es, en adelante, el Cristo a los ojos de la fe. En este caso, dicha actividad se limitaría a ser una enseñanza que, si no se le añadiese nada procedente de la iniciativa personal, engañaría acerca de la vida interior que el hombre vive. La vida interior quedaría reducida a ser sólo docilidad pese a las apariencias doctas que revistiese. Esta vida de obediencia, por más ferviente que fuese, no sería del orden de la vida de fidelidad, donde todo el ser es el que se compromete y no únicamente la inteligencia y la voluntad.

Jesús fue el revelador de esta fidelidad más por su historia de hombre que por lo que dijo e hizo. Fue su testigo por la forma como siguió su camino; el que las circunstancias le inspiraron y que recorrió partiendo de la estricta observancia de la Ley hasta alcanzar a ser el hombre libre cuya presencia resultó insoportable para la autoridad responsable del orden social de entonces. Precisamente de esta fidelidad, que no tolera límite para sus exigencias interiores, es de lo que se trata expresamente para que el hombre avance con exactitud hacia su humanidad y a que, asimismo, rebasando las creencias atávicas sobre el papel de Dios en los acontecimientos del Mundo –a las que ya no puede adherir sin falsear su espíritu–, haga un acercamiento asenderado hacia el Dios impensable «cuya vista ocasiona la muerte». Este avance hacia su propia humanidad y este acercamiento a Dios son inseparables y se desarrollan a la par, a medida que el hombre descubre las dimensiones de su estado de dependencia y responde suficientemente, en libertad, como creador más que como ser disciplinado y técnico, a las exigencias de la vida espiritual dentro de sí.

Jesús, la voluntad de «su Padre» y la Ley inscrita en el corazón del creyente. Comunión con Jesús y con Dios

Mientras todos sus contemporáneos, conforme a sus antepasados, se limitaban a la vida de simple moralidad, impregnada por otra parte de religiosidad bajo la forma particular que dimanaba de la historia de Israel, Jesús hablaba de la voluntad de «su Padre». Jesús evocaba esta voluntad para justificar los comportamientos que se permitía frente a la Ley y frente a las costumbres tradicionales anejas. Por lo mismo, fue tratado de blasfemo mientras vivió y llegó a ser reconocido de condición divina después, tal como el instinto religioso y el atavismo milenario podían entonces concebir dicha condición –aparte de que esto también sirvió para fundamentar la autoridad que se les atribuía a sus «amigos».

Jesús fue heredero de la larga tradición que poco a poco fue abriéndose camino en Israel a medida que los judíos accedieron a una interioridad verdadera gracias a la obediencia de la Ley. Jeremías fue quizá, más que Juan Bautista –éste más fiel sin duda a la línea de Ezequiel–, el predecesor más inmediato de Jesús, sobre todo por afirmar abiertamente que la Ley de Dios está inscrita en el corazón del hombre y no sólo grabada sobre unas tablas de piedra, tal como se consignaba en las tradiciones más antiguas. Pero, ¿acaso se podía ir más lejos aún, en esta misma dirección, de lo que fue Jesús cuando afirmó, en sus parábolas y mejor aún por su propia conducta, que esta ley, tan interior, no es completamente la misma para todos y que, en ciertos aspectos, es propia de cada uno en la singularidad que lo caracteriza, de manera que hay que descubrirla poco a poco en uno mismo y ser fiel a ella paso a paso? Por esta razón la Iglesia, desde su nacimiento, está dividida, a lo largo de toda su historia, entre el proyecto enérgicamente afirmado de ser una colectividad sólidamente estructurada y la conciencia, sin cesar evanescente pero siempre renaciente, de tener que ser una comunidad cuyo unidad está fundada únicamente en la libre fidelidad de sus miembros.

Jesús empleó especialmente la relación entre padre e hijo para representar su relación con Dios tal como él podía decirla dado

que su concepción de Dios estaba condicionada por la representación tan extrínseca propia de la tradición de Israel, y dado, además, que sólo tenía una visión primitiva y un conocimiento rudimentario del Mundo. Sin embargo, al insistir en la íntima vinculación existente entre los dos primeros mandamientos hasta igualarlos en importancia, afirmó la existencia en el hombre de una grandeza potencial que lo emparentaba con Dios. Dicha grandeza, gracias al ahondamiento humano propio de la vida espiritual, convierte al hombre como en un despliegue de Dios. Y esto es también lo que los discípulos pensaron de Jesús, en su cristología, para expresar la singular y extrema realidad de Jesús en la cima de la perfección del hombre.

Sin duda el posible ahondamiento espiritual actual del hombre en Occidente, por sus raíces y por el clima de la modernidad, depende, a partir de un cierto nivel, de la intelección que cada uno logre de la vida de Jesús tal como ésta puede transparentarse a través de las Escrituras, que ahora pueden comprenderse mejor primero porque se conocen mejor las condiciones de su elaboración y, segundo, porque pueden explorarse mejor, en su profundidad humana, a la luz de la vida espiritual del lector creyente. La intelección de Jesús está ya menos limitada, en efecto, por la concepción, firmemente mantenida en el pasado, del docetismo; concepción que, para afirmar mejor el carácter divino de Jesús, atribuía a éste, antes de su nacimiento, un conocimiento perfecto de su misión y de su ser, y, de esta suerte, le negaba una adquisición progresiva de la conciencia de sí. Una adquisición de la conciencia sí mismo así es, en cambio, lo que confiere al hombre su grandeza específica; de modo que atribuida también a Jesús, hace que éste sea, más directamente, el Camino.

No se pueden separar sin disminuirlos el cumplimiento espiritual y la comunión que puede establecerse entre Jesús y el cristiano, especialmente en nuestros días, más –sin duda– que en el pasado. En cuanto a lo esencial, la comunión entre Jesús y el cristiano es como la que antaño nació, de corazón a corazón, entre Jesús y sus

compañeros del principio. Es una comunión anterior a toda doctrina, tal como probablemente lo insinúa el «secreto mesiánico» mencionado en el Evangelio de Marcos. Esta comunión con Jesús no es otra que la que el discípulo conoce con Dios, tal como el creyente la ve en su Señor y él mismo la vive «con él, en él y por él». Entre los cristianos, esta comunión está en el centro de la santidad plena que conciben.

*Fidelidad del creyente de Occidente al mensaje universal de Jesús
y apertura a la vida espiritual de Oriente*

Pero, ¿no habrá que pensar que Oriente tiene también que hacer entrar al cristiano de Occidente en la intelección de su propia vida espiritual, en aquella que se sugiere por la relación de la parte con el Todo, de la que la parte toma conciencia al comulgar con él en la cima –cubierta o no de nubes– de su propia toma de conciencia de sí? Algunos grandes creyentes han hecho ensayos en este sentido evitando todo sincretismo, pues éste, fatalmente, se queda en el plano de las especulaciones y engaña acerca de la realidad propiamente espiritual. País lejano, prometido a la expansión de la vida espiritual en Occidente mismo, sólo percibido en el horizonte, y que muchos seres interiorizados entrevén ya sin realmente poder acceder a él. Con demasiada frecuencia, sólo lo entrevén en sueños a causa de las carencias espirituales de las que sufren oscuramente en su país. Sin embargo, es plausible pensar que la mejor preparación, para que un día se franqueen las distancias que separan a estas dos espiritualidades hasta oponerlas, es, tal como hizo Jesús en su tiempo, responder a fondo y sin reserva a las exigencias espirituales que suben en uno mismo con ocasión de las condiciones de vida de su época y de su entorno. ¿No es éste, en efecto, el último mensaje universal de Jesús? Heredar del pasado del que se ha surgido y, gracias al vigor que se ha recibido de él, criticarlo a la luz también de los conocimientos más rigurosos adquiridos, y, además, rebasarlo para vivir mejor todavía de él y abrirse a los horizontes del porvenir que ilumina el alba que se levanta...